

tado; y aunque yo dudo si lo dice en serio ó en broma, como al fin y á la postre resulta que esta es la verdad católica; pongo por caso, que una damisela se va derechita al purgatorio, cuando menos, si aun absuelta de adulterio por su confesor, olvidó confesar el quebrantamiento del ayuno con una yema de coco; quiero que conste lo que opinaba Jehová sobre estas delicadísimas cuestiones teológicas.

Hélo aquí en puridad:

«Por ventura el ayuno que yo escogí, no es antes bien este? Rompe las ataduras de impiedad, desata los hacecillos que deprimen, despa-cha libres á aquellos que están quebrantados, y rompe toda carga. Parte con el hambriento tu pan, y á los pobres y peregrinos mételes en tu casa: cuando vieres al desnudo, cúbrelo y no desprecies tu carne.»

De modo que tenemos dos ayunos: uno el que preconiza *El Resumen* en su Boletín Religioso, por intermedio de algún clérigo modelo de santidad; otro, el que *yo escogí*, dice Jehová.

«¿Cuál escoges tú, buen hombre que esto lees? ¿El ayuno en que es pecado comer un caramelo entre horas, ó aquel en que es obligación dar de comer al hambriento y vestir al desnudo y aliviar la carga al abatido?»

Si no acertares á elegir, puedes consultar con mi capellán el padre Miralta; y si no supieres dónde hallarle, yo te indicaré su confesonario. No tiene pérdida: es un chirimbolo, á modo de arcón de guardar hogazas, donde se lee esta palabra:

¡CHIFLADURAS!

CXLVIII

Después de consagrar los que pudiéramos llamar ayunos del corazón, y tronar contra los ayunos del estómago, que llamar pudiéramos

farándulas de la bucólica teológica, pasa Isaias á profetizar largo y tendido sobre la suerte de los judíos, entre los cuales dice: *No hay quien llamé la justicia, ni hay quien juzgue con verdad*; palabras que me parecen bastantes y aun sobrantes para calificar á un pueblo de encanallado y podrido, y hasta para predecir, sin ser profeta, su ruina y desolación.

A continuación, recalcando el concepto de la perversidad israelita, el profeta escribe este morrocotudo y laberíntico versículo:

«Rompiéron huevos de áspides, y tejieron telas de araña: quien comiere de los huevos de ellos, morirá: y de lo que se empollare, saldrá el basilisco.»

Dejando á un lado el socorrido entretenimiento de estos malvados que tejen telas de araña, y no metiéndome en averiguaciones respecto al sabor de *los huevos de ellos*, pregunto yo: ¿qué es el basilisco?

Sin duda que será un animal, puesto que le encuentro en la *Biblia* consagrado, aunque no descrito, y la palabra divina no puede fallar.

Si consulto la tradición, hallo que basilisco viene del sustantivo griego *basiliskos*, que quiere decir *reyezuelo*, como diminutivo que es de *basileus*, que quiere decir rey. Hallo también que, desde la más remota antigüedad hasta nuestros días, vienen diciendo las gentes que los gallos, cuando llegan á viejos, ponen un huevo, del que sale una serpiente, que mata con sólo mirar, y sólo puede ser muerta mirándola á ella primero: esta serpiente es el basilisco. Y hallo, por último, que personas cachazudamente curiosas, concordando las mil y un estrafularias descripciones dadas del basilisco, pintan á este en forma de una culebra mediana, con una cresta á modo de corona en la cabeza y una lengua en figura de lanza que le sale de la boca.

Pero si consulto las obras de los más célebres

naturalistas, hallo que el tal basilisco, que mata mirando y nace de un huevo de gallo viejo, es una de tantas patrañas, ó si se quiere, de tantos mitos, como la ignorancia popular ha forjado; á menos que convengamos en que, aunque no nacidos de huevos de gallos, son verdaderos y auténticos basiliscos esos canónigos y prebendados que, á bofetada limpia, ensangrientan de vez en cuando los coros de las catedrales, más ó menos góticas, de nuestra archicatólica y archiapóstolica España.

¿Sería de los que últimamente se han apuñeteado en Salamanca de quienes profetizó Isaías? ¡Quizá! Porque en el campo de la Historia Natural no cuaja el basilisco, y para no dejar al profeta bajo la inculpación de recoger patrañas en su libro, á cualquiera interpretación puede y debe apelar toda buena y ancha conciencia católica.

Concluyamos, pues, que el basilisco, de ser algo real y efectivo, no es el *rayo* como pretenden los interpretadores del *Folk-Lore*, sino el clérigo iracundo y reconcomido, que ve atrapada por un colega la prebenda ó beneficio con que sueña su ambición sotanesca, que es la más fulminante de las ambiciones.

La ley de las excepciones es una ley terrible, si bien se medita, pues por excepción, el peor tirador da en el blanco; por excepción, un cura puede ser persona razonable; por excepción, Commelerán puede figurar entre los literatos; y por excepción, finalmente, puede haber auténticas y evidentes profecías.

Digo esto, al propósito del capítulo LX de Isaías, donde encuentro estas palabras, dirigidas á Jerusalem por el hijo de Amós:

«Levántate, esclareécete, Jerusalem: porque ha venido tu lumbre, y la gloria del Señor ha nacido sobre tí... sobre tí nacerá el Señor, y su gloria se verá en tí.—Y andarán las gentes á

»tu lumbre, y los reyes al resplandor de tu nacimiento.»

En cuyas palabras, debidamente anotadas por el reverendo P. Scio, con aprobación eclesiástica, hasta un ciego ve que se anuncia el nacimiento de Jesucristo, y la gloria de la Iglesia; sin que quepa la chirigota de que el Mesías nació en Belén, y no *sobre Jerusalem*, esto es, á nueve leguas del lugar profetizado; porque tan insignificante distancia nada importa en la geografía profética.

Yo, al menos, declaro honradamente que esto lo tengo por verdadera y auténtica profecía; pues si alguna impía duda me asaltase, la desvanecen, como el sol desvanece las neblinas, estas palabras que encuentro un poco más adelante:

«Y mamarás leche de las naciones, y serás amamantado por el pecho de los reyes...»

O, como más cochinescamente aún, traducen los protestantes:

«Y mamarás la leche de las gentes, la teta de los reyes mamarás...»

Lo cual, ó no hay profecía posible, ó se refiere evidentemente á Roma, que hace diecinueve siglos que viene mamando la leche de las gentes y la teta de los reyes.

Al que este curso de *mamología* universal en beneficio de la Iglesia no le convenciese, convénzanle estas palabras, que son el remache del profético clavo.

«En lugar de cobre traeré oro, y por hierro traeré plata, y por leños cobre, y por piedras hierro.»

Que no tiene explicación posible sino en boca de Pedro el Vicario, como muy cuerdamente interpretaron nuestros católicos abuelos los procuradores en Cortes, que sabían bien donde les apretaba el zapato clerical, cuando en cien ocasiones diversas elevaron su voz pidiendo que no

se dejase salir del reino oro ni plata para Roma.

Habrían los buenos hombres leído atentamente estos versículos y dicho lo que yo: ¡Tate! ¡tate! Siendo esta la más clara de las profecias y convirtiéndonos en tontos, que cambian el oro por cobre, la plata por hierro y la calderilla por madera, ¿no mereceríamos una albarda si nos la dejáramos poner?

El capítulo LXI es también endiabladamente profético. Aparece en él el Redentor del género humano, digo, del género judío, pues si bien el tal Redentor vendrá á evangelizar á los mansos, y á medicinar á los contritos, y á predicar remisión á los cautivos, y á abrir las cárceles á los presos, su día, su famoso día, será

El día de venganza de nuestro Dios. (Versículo II.)

Y como este *nuestro* no es el *nuestro*, sino el *suyo*, esto es, el Dios de Abrahám, y de Isaac, y de Jacob, y de las doce tribus, no habiendo nosotros nacido de tales padres, ni estando empadronados en las tales doce gavillas de fornicarios, la venganza profetizada nos ha de aguar forzosamente la fiesta de la redención; reniego, pues, previamente de ella, viniendo como ha de venir entre palos y coscorrones.

Gazapo de traducción, ó traición, que tanto monta, en el capítulo LXII, versículo II.

Dice el P. Scio, católico:

«Y verán las gentes á tu Justo, y todos los reyes á tu Inclito: y te será puesto un nombre nuevo, que el Señor nombrará en su boca.»

Dice Cipriano de Varela, protestante:

«Entonces verán las gentes tu justicia, y todos los reyes tu gloria: y te será puesto un nombre nuevo que la boca de Jehová nombrará.»

Respecto al nombre nuevo, no hay nada que hablar, porque de ponerse á ello, habría que hablar tres años seguidos, puesto que todos los nombres de los dioses los reducen los sabios, que

saben lo que se pescan en filología, á dos ó tres palabras, de esas que se llaman onomatopéyicas. El nombre nuevo es Manuel, y también Emmanuel, y Jesús, y el Verbo, y Cristo, y Jesucristo, y Mesías, etc. Jehová se había hecho viejo y precisaba una renovación.

Pero ¿por qué dice el católico Justo é Inclito, como si se tratase de un hombre de carne y hueso, y el protestante dice Justicia y Gloria, como si se refiriese á una idea intangible? El texto hebreo es uno. ¿Quién de los traductores le ha falsificado?

Allá en Osuna hay dos doctores que sabrán responder á los curiosos. A mi lo único que se me alcanza es que, como al catolicismo le hace mucha falta personificar y más personificar, donde quiera que halla barro á mano, fabrica un monigote. Los protestantes, más aficionados á la metafísica, se complacen en dejar las cosas en una vaguedad encantadora, que dé pretexto á graves meditaciones sobre una jarra de cerveza. De aquí que de lo que los unos hacen un Justo, hacen los otros una Justicia. ¡Un simple truco de sexos, que cualquier librepensador bien humorado puede resolver facilísimamente, declarando á Dios del género epiceno!

CXLIX

Dejando á un lado el género que haya de tener Dios en la Gramática, dada su índole teológica revelada en la Profecía, lo cierto es que el versículo subsiguiente es una subsiguiente jerigonza. Dice así, dirigiéndose á Jerusalem:

«Nunca más te llamarán Desamparada, ni tu tierra se dirá más Asolamiento; sino que serás »Hephi-bah, y tu tierra Beulah; porque el amor »de Jehová será en tí, y tu tierra será casada.»

He copiado la traducción protestante, porque no es tan tonta como la católica; pero en honor de ésta he de decir que vierte las palabras que

la otra deja en hebreo, enseñándonos que, *Hephzibah*, debe decirse *mi voluntad en ella y Beulah* habitada; con lo cual, ni tú, lector, ni yo, entendemos el versículo. Pero si le entendiéramos, ¿hubiésemos yo atrevido á llamarle jerigonza?

De todas suertes, *el nunca más*, se refiere á la venida del Mesías, y, como menos de un siglo después de ella, arruinaron los romanos á Jerusalén, ¿qué diremos de ese *nunca más*? Que *nunca más* un español de seso, después de acabar yo, si es que acabo, estas anotaciones, vuelva á calentarse los cascotes leyendo la *Biblia*, puesto que de ella se saca lo que el negro del sermón, los pies fríos y la cabeza caliente.

«Juró Jehová por su mano derecha, y por el brazo de su fortaleza...»

Con menos aparato han jurado estos días en el juicio oral del crimen de la calle de Fuencarral, docenas de testigos que se han contradicho miserablemente. De suerte, que el que jura, máxime siendo un Dios, me parece persona de poca trastienda. Con decir verdad le basta al hombre honrado, y á Dios... hacerle jurar parece que es rebajarle á la condición de un testigo de poca confianza. Los católicos lo entienden de distinta manera, y parece que se inflan de orgullo por tener un Dios con mano derecha y brazo fuerte; pero, ¿quién se entiende con los católicos, á no ser otros tales como ellos?

Música profética,

Lleno de énfasis Isaías, abre su capítulo LXIII con esta preguntita:

«¿Quién es este que viene de Edom, y de Bosra?...» No lo sé, Señor, quizá fuese algún matutero, si en Jerusalén estaban tan altos los consumos entonces como ahora en Madrid, dado que le pintáis de esta manera:

«¿Pues por qué es bermejo tu vestido y tus ropas como las de los que pisan en un lagar?»

Esa gente que trafica en vino es terrible para

los Abascales hoy día, y presumo que lo fué siempre. Me confirma en mis sospecha esta otra palabra que decís:

«Porque el día de la venganza está en mi corazón, el año de mi redención ha venido.»

La cual explica el P. Scio de esta caritativa manera: «Porque llega el día en que tengo resuelto vengarme de mis enemigos, y ese día, que les será tan funesto, será principio de salud, de libertad y de cumplido gozo á mis amigos y ciudadanos.» En que aparecéis como un capataz de los *chorizos*, que se las jura á todos los *polacos*, para el día en que coja la sartén del resguardo en la mano.

Yo no puedo concebir, señor, que un día de juelga teológica, como el día de la redención, le anubléis con la infinidad de chicharrones que habríais de enviar á Pedro Botero, de tomar en serio las mil y una perrerías que á diario os hacen vuestras criaturas. De aquí mi voto en contra de todas religiones que os explotan, señor Dios de los ejércitos... de beduinos.

Como no creeré, aunque me ahorquen, que vos, Dios mío, hayáis dictado esta fea y asnal comparación, que rellena el versículo XIV:

«Como á un JUMENTO que baja por una vega, así te guió (al pueblo escogido) el Espíritu del Señor: así condujiste á tu pueblo para ganarle un nombre glorioso.»

No. Aquí ha de haber un error de copia, ó de no haberle, Isaías tendría acatarrado el tímpano y trocaría una palabra por otra. Comparar el pueblo de Israel á un jumento, es una irreverencia, es casi una injuria. ¡Si siquiera le hubiera llamado asno ó burro, tendría disculpa! ¡Pero jumento!

«¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras! A tu presencia los montes se derretirían. Como quemazón de fuego se deshicieran, las aguas arderían en fuego para que conociesen tus enemigos tu nombre: á tu presencia las naciones

»se turbarían.—Cuando tú hicieras maravillas no
 »las soportaremos: Descendiste y á tu presencia
 »los montes se derritieron.—Desde el siglo no
 »oyeron, ni con los oídos percibieron: ojo no vió,
 »salvo tú, ó Dios, lo que has preparado para
 »aquellos que te esperan.

»Saliste al encuentro del que se regocija y hace
 »justicia: en tus caminos se acordarán de tí: he
 »aquí que tú estás enojado, y pecamos: en peca-
 »dos estuvimos siempre y seremos salvos.

»Y todos nosotros nos hemos hecho como un
 »impuro, y como un paño de menstruosa son to-
 »das nuestras justicias: y caímos todos como
 »hoja, y nuestras maldades nos arrebataron
 »como un viento.

»No hay quien invoque tu nombre: quien se
 »levante y te detenga: escondistes tu cara de
 »nosotros, y nos estrellastes contra nuestra mal-
 »dad.—Y ahora, Señor, nuestro padre eres tú, y
 »nosotros barro: y nuestro alfarero tú, y obras
 »de tus manos todos nosotros.

»No te enojés mucho, Señor, y no te acuerdes
 »más de nuestra maldad: he aquí, miranos, pue-
 »blo tuyo somos todos nosotros.—La ciudad de
 »tu Santo hizose desierta, Sión ha quedado yer-
 »ma, Jerusalem está desolada.—La casa de nues-
 »tra santificación y de nuestra gloria, en donde
 »te alabaron nuestros padres, se ha convertido
 »en llamas de fuego, y todas nuestras cosas pre-
 »ciosas han parado en ruinas.—¿Pues, Señor, al
 »ver todas estas cosas, te estarás quedo, calla-
 »rás, y nos afligirás en gran manera»

He copiado esta larguísima parrafada, que
 constituye íntegramente el capítulo LXIV de esta
 profecía, por varias razones:

1.^a Por exhibir los paños sucios de la mens-
 truosa á cuenta y riesgo del profeta; pues de ha-
 cerlo á mis expensas, podría costarme cara se-
 mejante porquería, máxime si mandaran los con-
 servadores, y fuesen ministros Villaverde, ó el

conde de Toreno, personas tan pulcras en el de-
 cir como en el obrar, que le aplicaban el ar-
 tículo XXII de la ley provincial al lucero del
 alba, que pasa por la más limpia de las es-
 trellas.

2.^a Porque deseo que mis amados lectores se
 entretengan por sí mismos en anotarle. Es un
 ejercicio convenientísimo á todo buen librepensa-
 dor el de conocer personalmente á los señores
 profetas, para que los teólogos les hallen preve-
 nidos contra todo sofisma, y los místicos contra
 todo disparate.

3.^a Porque, aunque te parezca mentira que
 sobre aquellos trapos, sobre esos montes que se
 derriten, sobre esas terribles obras de alfare-
 ría de Dios, se hayan podido levantar disputas
 serias los teólogos heréticos y los ortodoxos han
 armado sobre este capítulo tales marimorenas,
 que para dilucidar quiénes disparataban menos,
 hubieron de acudir á romperse la crisma en los
 campos de batalla.

4.^a y última. Porque me ha dado la gana;
 que es una razón que, expuesta al principio, pu-
 diera haberme ahorrado las otras tres. Pero yo
 soy así, por contagio teológico; me entretengo en
 amontonar palabras, para concluir por decir:
 caballeros, todo esto es música.

Pudiera dispensármeme de anotar el capítulo que
 tengo delante, porque nada dice en él de nuevo
 Isaias; pues lo de que el Mesías vendrá y no le
 aceptarán los judíos á quienes estaba prometido,
 pero le adorarán los gentiles que no entendían
 una palabra del mesianismo, es cosa vieja y pa-
 sada en cuenta de risas. Mas como este capítulo
 es el penúltimo, en gracia al placer con que le
 veo el rabo á esta profecía, recogeré de él los si-
 guientes versículos:

«Por cuenta os pasaré á cuchillo, y todos caeréis
 en la matanza...» que en castellano quiere
 decir: ni una rata judía, ni una chinche hebrea,

se librarán de la degollina que tengo dispuesta para cuando envíe al Unigénico.

«Porque he aquí que yo crió nuevos cielos, y nueva tierra, y las cosas primeras no serán en memoria, y no subirán en mi corazón.»

Afortunadamente los comentaristas católicos han dejado toda esta promesa, no de redención, sino de reconstrucción en pura metáfora. Dicen (¡algo habían de decir!) que el profeta habla aquí en un sentido muy elevado, tan elevado, que se le pierde de vista, y que lo que se vaticina es la Iglesia, que es lo nuevo, surgiendo de la Sinagoga, que era un vejestorio.

Por fin llegamos al final de esta divagación que anotamos. ¡Tendré yo paciencia! ¡Serán hígados los míos cuando me paso las horas en anotar lo que ya nadie se atreve á leer!

Generalmente, los autores de genio como Isaías, guardan para el final de sus libros lo más altisonante y estrepitoso, imitando cuerdamente en esto á los pirotécnicos, que siempre dejan para el final de sus fuegos artificiales algún castillo con mucha guarnición de artillería.

El Cielo es mi trono y la Tierra peana de mis piés, dice el Señor en el primer versículo del capítulo final; frase soberbia y de relieve, que le mete de golpe y porrazo á un católico la idea de la Divinidad en la cabeza. Allá sobre las nubes un sillón á lo Voltaire; aquí en la tierra una especie de taburete; un gigantón sentado en la butaca y restregándose las suelas de los zapatos en los Campos Catalaunicos ó en la llanura de Albacete, ¿puede darse cosa más propia y adecuada para representar la sabiduría infinita, el poder infinito, el aliento infinito que penetra los infinitos mundos, y cuyo vaho parece manifestarse á los ojos en esas blanquecinas manchas que constituyen la Vía Láctea? No; y de aquí la discreción con que la Iglesia repite hasta la saciedad en sus libros de ritos esta frasecilla.

Entren todos y salga el que pueda, que habla el alto Jehová. Atención.

«El que inmola un buey, es como que mata á un hombre: el que sacrifica una res, como el que descerviga á un perro: el que ofrece...»

¡Basta! Los católicos sin duda habrán buscado una interpretación cualquiera teológica para hacer pasar esta doctrina atroz de que el que inmola un buey es como el que mata á un hombre. Sin interpretar, esto sería la más nefanda sentencia que se hubiera escrito, desde que se inventaron las letras hasta que se han escrito las mentirosas declaraciones de la Higinia Balaguer, una damisela tan amiga de la mentira, que hasta cuando se confiesa homicida creen que miente los que la oyen declarar y no pertenecen á la curia.

Curso de ginecología mística.

«Antes que estuviese de parto, parió: antes que llegase su parto, parió un hijo varón. ¿Quién jamás oyó cosa tal? ¿y quién la vió semejante á esta? ¿parirá acaso la tierra en un día, ó parirá de una vez una nación, porque Sión estuvo de parto y parió sus hijos? Pues yo que á los otros hago parir, ¿no pariré yo mismo, dice el Señor? Yo que á los otros doy la fecundidad, ¿seré acaso estéril, dice el Señor tu Dios?»

No, Señor mío, no sois estéril, porque es público y notorio que no hay más que dos machos que hayan parido: vos, que parísteis el Verbo, y un duro cualquiera, que, en manos de un prestamista al pormenor, pare, bien manejado en las plazuelas, hasta doce reales al año.

Con lo cual, dejando en paz á Isaías y á las profecías dormir el sueño del eterno olvido, permíteme, lector amable, que yo también me vaya á dormir, no sin echarte mi excomulgada bendición, si acertases á vivir el resto de tus días en paz con el Código penal vigente y en risa con

nua de los que, soñando despiertos, ejercieron de videntes, sibilas, agoreros, nigrománticos, oficios que, adelgazándose y envileciéndose á través de los siglos, han dado de sí la gitana echadora de la buena ventura por miseros diez céntimos de peseta.

CL

LA PROFECIA DE JEREMIAS

Hémos aquí, lector amable, delante de aquel preclaro llorón judío, que sirve de prototipo á todos los quejones; hombre que se pasó toda la santa vida lamentándose y anunciando ruínas y desastres, dejando su nombre por mote á cuantos dan en la flor de mirar al mundo á través de un cristal ahumado. Ese es un Jeremías, habrás oído de decir del montón de hipocondriacos que hacen aborrecible la existencia con sus continuas quejas de todo; y de jeremiadas habrás oído calificar esas lamentaciones, tan ridículas como hipócritas, con que nos enturbian el más legítimo placer los pícaros que tratan de parecer hombres de bien, vociferando que la sociedad está perdida y el mundo marcha á su desquiciamiento moral, porque ya sabemos todos á qué atenernos en puntos de teología dogmática y de alquimia milagrosa.

Pues bien; el Jeremías de esas comparaciones es el segundo de los profetas bíblicos, mozo que empezó desde chiquirritín su azarosa carrera, puesto que ya desde el vientre de su madre, que le concibió de un tal Helcias, le destinó Jehová al oficio, y á los quince años profetizaba que era una bendición de oculistas, pues lo mismo era ponerse á profetizar que se arrasaban en lágrimas los ojos de las gentes lo mismo que si les aplicasen una cebolla picante.

Lo que este profeta escribió en tres libros, que se titulan *Las Profecías*, *Las Lamentaciones* y *Paráfrasis de Las Lamentaciones*, debidamente

traducidos, anotados y canonizados por la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, es lo que se llaman *jeremiadas*.

Pocos é insignificantes son estos datos biográficos; más habrás de contentarte con ellos, lector, y con saber que á Jeremías le tocó el *chinzazo*, quiero decir, ver el anunciado desastre de la toma de Jerusalem por los caldeos, presenciar la ruina del templo famoso y asistir á la transigración de los judíos á Babilonia en tiempo de Nabuzardán, general de Nabucodonosor.

Como el oficio de profeta es por su naturaleza peligroso y arriesgado, Jeremías pagó el tributo de sus lamentaciones en buenos días de cárcel que sufrió y buenas palizas que le propinaron, hasta que, escapado á Egipto, como todavía le diera el naípe por la profecía, sus propios correccionarios le mataron malamente para verse libres de las reprensiones de un hombre que, después de haberlos calentado para que se insurreccionasen contra los opresores de la patria, como les saliese mal la intentona, le achacaban la culpa del desastre.

Sin duda por esta hazaña Jeremías goza en el otro mundo del derecho de libre locomoción, pues consta que muchos años después de muerto en Egipto, se le apareció en Judea al perinclito Judas Macabeo en un sueño en que le reveló lo que debía hacer para destronar á un tirano.

Consigno esta circunstancia y señalo este hecho, por si nuestra desventurada justicia histórica, reclamando los servicios de su digna compañera la Iglesia, desea utilizarle, invocando al santo profeta para averiguar por su intermedio cuáles fueran los verdaderos matadores de doña Luciana Borcino.

Nadie podrá negar que sea éste un procedimiento más científico y al propio tiempo más honesto que el de la hipnotización de Higina Ba-laguer, que no ha faltado quien proponga.

Dejando al hombre, que fué una especie de fraile en la especie de convento que habia en Anatot, á una legua de Jerusalem, como quien dice en Carabanchel de Abajo, ocupémos de su obra, examinemos las *jeremiadas*.

La primera que hizo á los quince años, fué la siguiente que tiene mucho que rumiar, pues dice que le dijo Dios:

«Antes que te formara en el vientre, te conocí: y antes que salieras de la matriz, te santifiqué y te puse por profeta entre las naciones.»

Donde toda la teoría y práctica de la *predestinación* se contienen, aboliendo por un simple versículo de un muchachito metido á profeta la libertad humana y todas sus consecuencias. Pues así como Dios destinó, desde antes de ser concebido, á Jeremías para que profetizase y aburriese á sus contemporáneos, es lógico é indefectible que destinó de la misma manera á los otros para que no le hiciesen caso, como destinó á Frascuelo y Lagartijo para estoquear toros, á Julián Gayarre para cantar el *O paradiso* de *La Africana*, y á Peña Costalago para desacreditar el secreto del sumario.

Esta teoría de la *predestinación*, aquí esbozada por Jeremías, vila yo cierto día muy graciosamente, por cierto, desenvuelta y practicada por un canónigo aragonés.

Creíase el buen presbítero destinado desde el vientre de su madre á seductor de doncellas, y lo mismo era verso á solas con una de éstas, que entregarse furiosamente á la fatalidad de su destino. El día de mi historia lo era de ferias y toros, y la requebrada de amores una forzuda molinera que se echaba al hombro un costal de trigo como si fuera de paja. Mientras el canónigo no pasó de las palabras, la molinera le oyó, como oía moler al molino, sin hacerle maldito el caso. Pero cuando, alentado por el silencio, pasó el clérido de las palabras á las obras, la molinera,

que no sufría cosquillas, cogióle por la mitad del cuerpo, como si fuera una talega, y arrojóle por el balcón á la plaza, á tiempo que el toro que se corría pasaba por debajo y le enganchaba de la sotana con los cuernos.

Paseó el animal al cura por todo el redondel entre el asombro y risas de los espectadores, que comprendieron pronto lo sucedido, viendo al cura cosas que el pudor obliga á ocultar, y oyendo á la molinera palabras que la decencia no permite escribir.

Y desde entonces, cada vez que oigo que alguien ha nacido para algo especial, me digo á mí mismo muy bajito: ¡sí, como aquel canónigo que echó al toro la molinera habia nacido para Tenorio!

Tan pronto como fué consagrado profeta, Jeremías vió dos cosas al parecer insignificantes, como son una vara vigilante y una olla encendida, pero en realidad la vara y la olla eran Jehová y los pueblos del Alquilón, según Dios le explicó en una detenida conferencia que con él celebró.

Con estas visiones tuvieron lugar en tiempos del rey hebreo Josías, las encuentro racionales y satisfactorias. De acaecer en estos días del rey español Alfonso XIII, la vara representaría el bastón de Peña Costalago, y la olla del presupesto de culto y clero.

Cada cosa en su tiempo y los nabos en adiento.

Jeremías, por orden de Jehová, les suelta una terrible catilinaria á los judíos en el capítulo II, diciéndoles que son unos perversos, unos encanallados idólatras, entregados á todas las abominaciones del pecado; y como lo propio les decía Isaias antes que él; y como de igual manera les hablaron después que ellos otros muchos profetas, es forzoso admitir que tantos caballeros no pudieron engañarse, y que, en efecto, el pueblo

elegido debió ser antaño lo que es ogaño, esto es, una familia ocupada en hacer de un duro veinticuatro reales, á quien se le da lo mismo por lo que va que por lo que viene, como no sean monedillas de cinco duros.

Haz tú la prueba, lector, señalando con un punzón una de ellas, y si al mes de andar rodando por el mundo, no la encuentras en las arcas de Rosdchild, ó de alguna de sus sucursales, te convido á café, con media tostada como la que nos están dando todos esos señores parrtidarios de la libertad... de sacar al pobre pueblo el reñón.

Porque la libertad sin igualdad, échala en remojo, hasta que suelte la pringue de la explotación con que está barnizada.

Tronando contra los adoradores de imágenes tiene Jeremías una frase feliz en este capítulo, y es la siguiente:

«Que dicen á un leño: mi padre eres tú; y á una piedra, tú engendraste»

A pesar de la cual, los adoradores de imágenes tan católicos, tan apostólicos y tan alcornoqueños y pedrusquizantes.

Lo que ellos dicen: predicame padre, que por un oído me entra y por otro me sale, ó como refraneaba Sancho Panza; repréndeme mi madre y yo tompójealas.

Al cap. III podríamos considerarle un ejemplo de conjugación del verbo fornicar. Leo en él:

«Mas tú has fornicado con muchos amadores (v. I). Y contaminastes la tierra con tus fornicaciones (v. II). Frente de mujer ramera fué la tuya, no quisistes tener vergüenza (versículo III). Padre mío tú eres el caudillo de mi virginidad (v. IV). Se fué ella sobre todo monte alto y bajo todo árbol frondoso, y allí fornicó (v. VI). Y no tuvo temor la prevaricadora Judá su hermana, mas se fué, y ella también fornicó (v. VII). Y con la facilidad de su forni-

»ación contaminó toda la tierra, y adulteró con la piedra y con el leño.»

Tanto fornicar, aunque sea en sentido figurado, descompone el cuerpo, y no es de extrañar que la extenuada Jerusalem fuese presa de caldeos, asirios, griegos, romanos y turcos, ni que los padres de familia cuiden de que sus hijos no manoseen mucho la *Biblia*, donde esto de los fornicios en metáfora es de lo más honesto que se lee, pues cuando viene á cuento una porquería, puercamente la sueltan, lo mismo Muisés que Salomón y Habacuch que Jeremías.

¡Y si se contentasen con decirlos! Pues lo más chusco de la revelación es que los reveladores también las hacian.

¡Maldita predestinación!

CLI

Jeremías descubre mucho más la hilaza profética que Isaías. Este envolvía en la magnificencia de su elocuencia con mucho primor lo que el otro deja al desnudo, quiero decir, que las llamadas profecías eran admoniciones enérgicas al pueblo, encaminadas á desviarle del camino de perdición que seguía, entregado como estaba á inmundas supersticiones y á perversas costumbres. Hasta tal punto es esto cierto, que algunos capítulos de esta profecía, aparte el estilo, más semejan artículos revolucionarios de un periódico radical de nuestros tiempos, que páginas de una obra eminentemente teológica, como pretenden ser la *Biblia*.

Véase en comprobación el capítulo IV, en que Jeremías exhorta con extremosos razonamientos al pueblo jerosolimitano á volver á las costumbres antiguas y á someterse á la dirección de los sacerdotes, amenazándole de no hacerlo así con una ruina y desolación terribles á manos de los caldeos, que, habiendo constituido un

poderoso imperio, se ocupaban á la sazón en dilatarlo hacia Occidente.

He dicho que el anhelo de Jeremías era que su pueblo se sometiese al poder sacerdotal, y debo rectificarme, pues los sacerdotes mismos constituían partidos, como se comprueba en estas palabras:

«Cosa asombrosa y extraña ha sido hecha en »la tierra: los profetas profetizaban mentira, y »los sacerdotes aplaudían con sus manos.»

Es decir que los judíos del tiempo de Jeremías se encontraban en la misma desairada posición de nuestros mestizos é íntegros, que presumiendo todos de católicos, se acusan mutuamente—y con razón por ambas partes—de ser la causa de la ruina y perdición de nuestra España.

Porque esto de la religión fué siempre una capa, bajo la cual se ocultan las más feroces pasiones de dominación y explotación de los pueblos.

Conforme la inundación de los caldeos iba avanzando, así acaloraba sus discursos, artículos ó profecías Jeremías, mostrando á sus coreligionarios la catástrofe como inminente, hablando siempre, como es de rúbrica en las profecías, en nombre de Jehová, á quien echaba el muerto de lo que iba á suceder, presentándolo como justa venganza divina por la contumacia inaguantable de los judíos.

Véase el estilo (cap. VI):

«Oye, tierra: he aquí que yo traeré males sobre este pueblo, el fruto de sus pensamientos; »porque no oyeron mis palabras y desecharon »mi ley.»

Yo me permito sospechar, que algo más contribuyó á la ruina de Jerusalen la falta de un buen ejército que el incumplimiento de la ley mosaica, pues los caldeos, sin haber oído en toda su vida hablar de Moisés, vencieron y esclavizaron á los hebreos. Sabido es que, para defender un

país, hacen todavía más falta buenos puños que buenas leyes. Dios ha dado siempre la victoria á los ejércitos más valientes y mejor organizados.

De pie, á la puerta del famoso templo de Jerusalen, donde acudían todos los judíos á sacrificar á Jehová, dice Jeremías que le mandó éste endilgar al pueblo el largo sermón que constituye el capítulo VI de la profecía. Y, la verdad sea dicha, si el sermón le dijo tal y como ha llegado hasta mis excomulgadas orejas, Jeremías debió ser un gerundio de primera fuerza.

«No confiéis en este lugar consagrado—dice—ni en los sacrificios rituales, porque de nada os valdrán estas cosas mientras hurtéis, matéis y adulteréis. No del templo ni del rito pende la salvación, sino de la virtud. ¿Es acaso este templo cueva de ladrones para que os acojáis á él después de ejecutar tantas maldades?»

Y así continúa valientemente.

He parafraseado estos versículos para que les sirvan de modelo á nuestros católicos predicadores, que al ver tanto pícaro y truhán como se finge religioso para mejor engañar á los incautos, debieran imitar el valor de Jeremías y ponerles las orejas calientes. Pero ¿qué digo? Si los predicadores nuestros les acusaran las cuarenta á nuestros fieles, ¿cuántas no les podrían cantar los fieles á ellos? Un tute de reyes en cada partida y juego ganado.

Un detalle edificante.

«Los hijos de Judá... (los elegidos los predilectos...) edificaron los altos de Tofet, que está »en el valle del hijo de Ennon: para quemar sus »hijos, y sus hijas al fuego: lo que yo no mandé, »ni pensé en mi corazón.»

Por donde se ve que el bárbaro Moloch tenía numerosos adoradores en Judea, y eso de que el pueblo de Dios practicó siempre la sencilla religión del espíritu, es puro jarabe de lengua, una

de tantas patrañas como corren sin fundamento por el mundo de la historia convencional.

El culto monoteísta, lo mismo entre los hebreos que entre los egipcios, entre los orientales que entre los accidentales, fué en la antigüedad propio solamente de los filósofos. Las religiones populares, así en la antigüedad como en nuestros días, fueron siempre idólatras, bárbaras é insufribles. Y estas religiones es las que precisa combatir y aniquilar, dejando á los filósofos fabricarse un Dios á satisfacción de su capricho.

Los dioses en la imaginación de los filósofos son inofensivos; pero cuando se apodera de ellos el pueblo, como no los entiende, los arma de lanza y espada y los echa á pelear unos con otros como si fuesen gallos ingleses. Así Mahoma y Cristo han ensangrentado la tierra de Europa y Africa, de igual manera que Jehová y Moloch ensangrentaron el Asia. Y para que esto concluya, yo no conozco más que este procedimiento expeditivo: que al que se descuelgue con discursos en nombre de Dios, sea el que quiera, se le encierre en un manicomio y se le someta al tratamiento de las luchas.

Porque, ¿quién diablos dirá verdad, en estos asuntos teológicos, cuando consta que los propios sacerdotes desbarran y mienten?

Oigamos á Jeremías:

«Cómo decís: Sabios nosotros, y la ley del Señor está con nosotros? Verdaderamente ha trabajado la mentira el estilo mentiroso de los escribas.»

Los escribas eran los doctores de la ley de Dios; como si dijéramos ahora los obispos, lectores y penitenciarios. A ellos refiere Jeremías al hablar de mentiras y estilo mentiroso. No he dicho yo más de lo que dice el profeta.

En el cap. IX, es donde empieza á llorar Jeremías; pero con tal vehemencia, que no pareciéndole bastante llorar hilo á hilo, lo hace á

borbotón. *¿Quién dará agua á mi cabeza—dice—y á mis ojos una fuente de lágrimas?*

Al pedir un pilón para llorar, aunque quizá le sobran las lágrimas, no le falta razón al profeta, pues Dios le había dicho lo siguiente:

«Y reduciré á Jerusalem á montones de arena, y albergue de dragones: y las ciudades de Judá las entregaré á desolación, sin que quede allí morador.»

Lo cual es otra exageración no menor que la del llorar á borbotones, pues consta que ni Jerusalem ni la Judea, aunque quebrantadas, nunca quedaron totalmente desiertas. Ya tengo muchas veces indicado que Jehová era un poco andaluz, y el lector discreto lo habrá notado por sí mismo, por lo cual no insisto en este punto de absoluta evidencia.

No contento con llorar él un pilón de lágrimas, Jeremías aconseja á sus paisanos que *llamen á las lloraderas* para que aumenten la vena líquida del chorro lacrimoso.

Estas *lloraderas* del profeta no son otra cosa que las *lloronas*, quiero decir, mujeres que en la antigüedad se alquilaban para llorar en los casos de ritual, á tanto por centilitro de lágrimas y cuanto por algrido.

El oficio va ahora de capa caída, como las religiones que lo inventaron, y no es de sentir, porque con él van desapareciendo las llamadas lágrimas de cocodrilo, como las que lloraba Hígina Balaguer cuando decía: «Yo, yo solamente, con estas manos que serán atadas al banquillo del garrote, di muerte á mi *pobrecita señora*.»

CLII

Si Jehová, el dios de los hebreos, en vez de hablar desde las nubes, ó desde algún escondrijo, á sus profetas elegidos, se hubiera vestido la toga, encasquetado el birrete y acudido á los es-